

Enrique Molina

Peregrinaje de un universitario

(Conclusión)

La calle de Florida no ha sufrido transformaciones que la hayan hecho perder su fisonomía. Sigue siendo la arteria del comercio elegante, medianamente estrecha, y lugar de la mayor afluencia de gente durante el día. Interrumpido en ella el tráfico de carruajes desde las once de la mañana hasta la noche las aceras y la calzada se llenan de un mar de hombres y mujeres: paseantes, compradores, hombres de negocios, vendedores ambulantes, vendedores de diarios, que para imponerse al runrún de la muchedumbre pregonan con voz gutural sus mercancías.

En esta ciudad con una población aproximada de 3 millones de habitantes y de tráfico intensísimo los autos no constituyen por lo general una amenaza para los peatones. No se observa en ellos esos apresuramientos, esas feroces arremetidas de velocidad, como de represa que se rompe, tan frecuentes y tan peligrosas en Santiago. Deambulan en suave giro con cierto aire de camaradería para la gente de a pie, seguros de

que sin nerviosidades llegarán a donde tienen que ir y encontrarán trabajo.

La calle de Corrientes ha sido convertida en una espaciosa avenida. En uno de sus extremos domina el obelisco que hemos mencionado. Indica éste así al vértice del ángulo que forman la Diagonal y la calle de Corrientes y constituye un excelente punto de orientación. Lo que Florida es de día lo es Corrientes de noche, centelleante con la pedrería de sus luces y avisos luminosos multicolores: lugar preferido de los paseantes y, a altas horas, de la multitud trasnochadora. La calle de Corrientes y las vecinas de Maipú, Esmeralda, Lavalle, Suipacha forman el centro de los principales cines y de los teatros de revistas.

En Corrientes cerca de Florida encontramos algunas noches una mujeruca vendedora de diarios. Revelaba ser joven, pero de una juventud prematuramente ajada al parecer por las necesidades y las privaciones. Delgada, un poco flácida y pálida, con ojos animosos y una boca que al sonreír mostraba unos bellísimos dientes, inspiraba profunda simpatía. Nos habló de que tenía un hijo y un marido o lo que fuera, que ganaba poco o nada. Y ahí estaba ella, soportando el frío, en busca de algunos nacionales para ayudar al sostenimiento de su gente. Le dí en ocasiones por los diarios que le compraba una pequeña suma superior a su valor. ¿Qué era esto? Nada, casi nada. Qué poco podemos hacer por lo común para mejorar definitivamente mediante actos esporádicos de caridad la situación de nadie. Y

cuando llevamos a cabo una acción sostenida lo más acertado es formar a la persona objeto de nuestro interés, educarla, colocarla en situación de que trabaje y que su bienestar sea el fruto de su propio perfeccionamiento. Algunas noches no encontramos a la mujercita. Llovía demasiado. Sin desconocer la existencia de tanta institución filantrópica y de previsión social, como hay en nuestros días, me he preguntado entonces y más de una vez. ¿Qué comen los pobres y los mendigos cuando por la lluvia no pueden salir a practicar su pequeño comercio o a pedir limosna? Consideración siempre conmovedora para sacudir a particulares y gobernantes y vasto tema para un Instituto de Demografía y Ciencias Sociales.

* * *

Hemos ido a nuestra Embajada que en la calle de Esmeralda ocupa un magnífico palacio obsequiado por el Gobierno argentino, allá por los años del Centenario. El palacio de la Embajada Argentina en Santiago fué a su vez obsequiado por el Gobierno de Chile. El Embajador Ríos Gallardo se hallaba ausente de Buenos Aires. Encontramos en cambio a nuestro celebrado autor dramático Armando Moock, que trabajaba en la Secretaría de la Embajada, lo que le permite mantener con el mundo artístico bonaerense el contacto que necesita para sus labores teatrales. El Embajador, me dijo, ha ido a una ceremonia cívica en Salta. Es

muy dinámico. Se interesa por todo. Hace poco estuvo en la Fiesta de la Vendimia en Mendoza. Aquí goza de general estimación, agregó. Desde un principio se conquistó a los viejos amigos del que fuera simpático Embajador nuestro don Emiliano Figueroa Larraín y en seguida ha sabido atraerse también a los jóvenes.

Celebré muy de veras los éxitos de nuestro representante diplomático.

Interrogado por mí acerca de sus actividades literarias, me expresó Moock que pronto se iba a dar en el Teatro San Martín su comedia Julia Sandoval candidato a concejal y que en junio subiría a la escena en el Teatro Nacional de Comedia, antes Teatro Cervantes, su pieza La Hora del Amor premiada en el Concurso anual abierto por el Consejo del Teatro Nacional.

Con sumo agrado felicité a nuestro compatriota por sus nuevos triunfos en la escena argentina.

A los pocos días empezó a representarse la primera de las piezas anunciadas. Tuvo tarde a tarde y noche a noche teatro lleno y fué muy aplaudida. La vez que fuimos a verla no logramos tan buenas localidades como quisiéramos y tuvimos que contentarnos con unas algo distante del proscenio. El público celebraba frecuentemente las situaciones cómicas que la trama iba presentando y las agudezas del diálogo. Un recurso que emplea el autor nos pareció sin embargo, poco verosímil y es más de notar esta circunstancia porque se trata de un recurso que sirve para desatar el nudo esencial

cuando llevamos a cabo una acción sostenida lo más acertado es formar a la persona objeto de nuestro interés, educarla, colocarla en situación de que trabaje y que su bienestar sea el fruto de su propio perfeccionamiento. Algunas noches no encontramos a la mujercita. Llovía demasiado. Sin desconocer la existencia de tanta institución filantrópica y de previsión social, como hay en nuestros días, me he preguntado entonces y más de una vez. ¿Qué comen los pobres y los mendigos cuando por la lluvia no pueden salir a practicar su pequeño comercio o a pedir limosna? Consideración siempre conmovedora para sacudir a particulares y gobernantes y vasto tema para un Instituto de Demografía y Ciencias Sociales.

* * *

Hemos ido a nuestra Embajada que en la calle de Esmeralda ocupa un magnífico palacio obsequiado por el Gobierno argentino, allá por los años del Centenario. El palacio de la Embajada Argentina en Santiago fué a su vez obsequiado por el Gobierno de Chile. El Embajador Ríos Gallardo se hallaba ausente de Buenos Aires. Encontramos en cambio a nuestro celebrado autor dramático Armando Moock, que trabajaba en la Secretaría de la Embajada, lo que le permite mantener con el mundo artístico bonaerense el contacto que necesita para sus labores teatrales. El Embajador, me dijo, ha ido a una ceremonia cívica en Salta. Es

muy dinámico. Se interesa por todo. Hace poco estuvo en la Fiesta de la Vendimia en Mendoza. Aquí goza de general estimación, agregó. Desde un principio se conquistó a los viejos amigos del que fuera simpático Embajador nuestro don Emiliano Figueroa Larraín y en seguida ha sabido atraerse también a los jóvenes.

Celebré muy de veras los éxitos de nuestro representante diplomático.

Interrogado por mí acerca de sus actividades literarias, me expresó Moock que pronto se iba a dar en el Teatro San Martín su comedia Julia Sandoval candidato a concejal y que en junio subiría a la escena en el Teatro Nacional de Comedia, antes Teatro Cervantes, su pieza La Hora del Amor premiada en el Concurso anual abierto por el Consejo del Teatro Nacional.

Con sumo agrado felicité a nuestro compatriota por sus nuevos triunfos en la escena argentina.

A los pocos días empezó a representarse la primera de las piezas anunciadas. Tuvo tarde a tarde y noche a noche teatro lleno y fué muy aplaudida. La vez que fuimos a verla no logramos tan buenas localidades como quisiéramos y tuvimos que contentarnos con unas algo distante del proscenio. El público celebraba frecuentemente las situaciones cómicas que la trama iba presentando y las agudezas del diálogo. Un recurso que emplea el autor nos pareció sin embargo, poco verosímil y es más de notar esta circunstancia porque se trata de un recurso que sirve para desatar el nudo esencial

de la pieza. La escena pasa en un lugar de provincia. La heroína alardea de predilección por las cosas graves, la política, quiere servir la causa del pueblo y de las reivindicaciones sociales, es candidato a concejal y gasta exageradas actitudes varoniles. Huelga decir que fuma. El uso del cigarrillo no ayudaría tampoco a la caracterización del personaje, ya que según una acertada observación que he oído, ha dejado de ser un vicio masculino para pasar a serlo femenino. No obstante estas circunstancias, tiene Julia un reudido amante de nombre Roberto, si mal no recuerdo, aunque merecería llamarse Inocencio, sometido a todos los caprichos de su versátil ídolo, que, por otra parte, no le corresponde. Mas los gestos hombrunos de Julia son pura apariencia. Ella se engaña o pretende engañarse para apartar preocupaciones que oprimen su corazón; en el fondo es muy femenina y ama a otro joven. Llegó éste y Julia, a fin de librarse del majadero de Roberto, acude a un arbitrio estupendo. Aprovechando una ocasión en que se encuentran solos, lo llama a un lado con gran sigilo, mira recelosa a todas partes, lo suspende en una atmósfera de misterio y le dice que le va a comunicar un secreto aplastante. «Prométeme guardarlo como en arca herméticamente cerrada», agrega. «Lo prometo», contesta él anhelante. Inclinando la cabeza y en voz baja y ronca le dice ella: «Yo no soy Julia, soy Julio, no soy mujer sino hombre y padre de un hijo». Roberto no manifestó asombro en señal de duda ante semejante bomba sino que casi se desplomó,

prestando completo asenso a ella. La hilaridad en el público fué general. Es menester convenir en que se necesitaba ser más que ingenuo para aceptar tal embuste. Este es el lado débil de la pieza. Julia se entiende al fin con Enrique, que es el joven a quien ama, y se concierta el matrimonio. Entonces ya Roberto no se siente obligado a guardar el secreto del terrible misterio que le ha confiado Julia y llama a Enrique para advertirle del abismo en que va a caer. Lo hace con no menos aspavientos de los que empleara Julia con él. Y el novio bajando la voz, también con aire de misterio, le responde: —Tranquilícese; yo no soy Enrique, soy Enriqueta, no soy hombre sino mujer. El estupor de Roberto no tiene límites y la concurrencia se ríe a carcajadas. Como complemento del artificioso resorte empleado por Julia no está mal; pero que un personaje, si bien simple, no habiendo hecho en la comedia el papel de tonto de capirote, pueda aceptar la femineidad de un joven apuesto, varonil, de elevada estatura y anchas espaldas, nos parece pedir demasiado. No obstante, lo cierto es que la pieza ha dado al público un buen rato de solaz.

* * *

Una tarde diviso en la Diagonal una persona que me pareció ser el conocido escritor Edgardo Garrido Merino. Y lo era en efecto. El no me reconoció al principio. Nos saludamos. Estábamos cerca de la calle de Florida y avanzamos por este pasco andando pausadamente

entre el mundo de gente que llenaba la calzada. Entramos al Richmond a tomar una taza de té. Garrido había llegado hacía poco huyendo como tantos escritores y artistas de la desolación de Europa y de la imposibilidad de vivir ahí. Me refirió que había sufrido mucho en España durante la guerra civil y que, habiendo pasado a Francia, nuevos sinsabores y privaciones tuvo que soportar cuando sobrevino el espantoso desastre de este desgraciado país.

—Tengo muchos proyectos, agregó; ofrecimientos para dar conferencias; libros listos para su publicación, como uno que se titulará *Máscaras del Norte y del Sur*, estudios sobre dramaturgos escandinavos y meridionales, otro de *Estudios sobre Italia*, otro de piezas teatrales.

Se muestra Garrido un poco quejoso de Chile de donde no habría recibido jamás la menor ayuda; pero esta decepción no se traduce en amargura del ánimo. Es un espíritu sereno, un hombre de letras consagrado con seriedad y honradez a las musas de su vocación. Ya en su laureada novela *El hombre en la montaña* ha probado qué fino artista es y qué maestro artífice de nuestro idioma.

* * *

La Universidad de Buenos Aires fué fundada en 1821 por iniciativa del ilustre estadista doctor Bernardino Rivadavia, Ministro de Gobierno durante la presidencia del General Martín Rodríguez.

En las bases de su estatuto se señalan las finalidades de la Universidad en los siguientes términos:

«La enseñanza universitaria responde aun ideal de educación ampliamente humanista; vincula la orientación práctica y teórica de la ciencia al perfeccionamiento del espíritu humano y de la sociedad en general.

La Universidad acumula, elabora y difunde el saber científico y toda forma legítima de cultura; dirige el desarrollo armónico e integral del estudiante universitario con plena y responsable libertad didáctica y de investigación, ejercidas objetivamente; fomenta y practica la investigación científica pura; estimula la ciencia aplicada y las creaciones técnicas, especialmente las de interés nacional, y prepara para las profesiones liberales; establece la correlación de estudios, fundada en las relaciones recíprocas de todas las formas del saber, e inicia en los principios y métodos para adquirir una cultura superior general con base y complemento de la especial o técnica; organiza la docencia libre paralela a los cursos regulares o sobre disciplinas no comprendidas en los planes de estudios: realiza la extensión universitaria en todas sus formas y grados, dentro y fuera de los locales universitarios; propende a la formación de un cuerpo docente, dedicado por completo a la enseñanza y a la vida científica; y aspira a crear un «Instituto Superior» como centro científico y cultural de la Universidad, destinado exclusivamente a la investigación pura, formación de hombres de ciencia, cur-

sos para los doctorados y alta extensión universitaria sobre temas de cultura fundamental.

Los planes de estudios constituídos por asignaturas obligatorias o de opción, deben tener estructura flexible, adaptarse a las exigencias culturales y técnicas del mundo social contemporáneo; ofrecer una educación informativa y formativa del criterio, disciplinado esfuerzo autodidáctico, espíritu crítico e indagativo y demás calidades que habiliten para actuar con idoneidad y rigor ético en la profesión científica o en la vida pública».

La organización del instituto bonaerense es semejante a la que hemos encontrado en el de Córdoba. Como en ésta, se hallan a la cabeza de su gobierno la Asamblea Universitaria, el Consejo Superior, el Rector y los Consejos Directivos de las Facultades. A diferencia de lo que ocurre en Córdoba, los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires forman parte de estos Consejos Directivos y no sólo intervienen en la elección de los profesores que deben integrarlos. Los estudiantes nombran tres representantes, que duran un año en sus funciones y no son reelegibles. Para ser designado representante es menester cursar el último año en las carreras de tres años o algunos de los dos últimos años en las de cuatro o más.

Cuenta la Universidad con las Facultades de Derecho y Ciencias Sociales, Ciencias Médicas, Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Filosofía y Letras, Agronomía y Veterinaria y Ciencias Económicas.

Tiene bajo su dirección además la Escuela de Comercio «Carlos Pellegrini» y el Colegio Nacional de Buenos Aires.

Las Facultades se hallan repartidas por toda la ciudad. En la que pudiera llamarse casa central, en la calle de Viamonte, se encuentra instalada únicamente la de Filosofía y letras. Funciona ahí además la Rectoría, pero no hay una Biblioteca Central.

La matrícula asciende a más de 12,000 alumnos y el presupuesto universitario subió en 1940 a 11 millones 711,092 nacionales argentinos, o sea, a cerca de 85.000,000 de nuestra moneda.

El prestigio de la Universidad en particular de algunos de sus institutos científicos es universalmente reconocido. Así gozan de mucho renombre el de Fisiología dirigido por el profesor Bernardo Houssay y el de Anatomía bajo la dirección del profesor Pedro Belou, dos hombres de ciencia de alta reputación.

Pero tratemos de un departamento menos distante de mi escasa competencia. La Facultad de Filosofía y Letras comprende los siguientes institutos científicos: de Investigación Histórica, de Filología, de Psicología Experimental, de Literatura Argentina, de Historia Antigua y Medieval, de Didáctica, de Filosofía, de Historia del Arte, de Biología, de Estudios Franceses, de Literaturas Clásicas, de Cultura Latino-Americana, de Estudios Germánicos.

Desempeña a la fecha el decanato de esta Facultad el profesor de Historia doctor Emilio Ravignani. El

y el profesor Alberini, de quien me ocuparé en seguida más detenidamente, se hallan empeñados en dotar a la Facultad de un nuevo edificio que a juzgar por los planos que me mostraron, será la última palabra en su género. Para una Facultad de Filosofía no he visto nada más completo en Estados Unidos y probablemente no lo hay en Europa.

Los trabajos del Instituto de Filosofía, junto con los del departamento correspondiente de la Universidad de La Plata, han conducido a que ambas universidades no sólo marchen a la cabeza de los estudios filosóficos en la América Hispana sino que los hayan hecho florecer. En las demás universidades del país se cultivan también con dedicación estas disciplinas. El doctor Coriolano Alberini ha sido un gran propulsor de ellas. Profesor de asignaturas filosóficas en ambas universidades, ex decano de la Facultad durante varios períodos, es director actualmente del Instituto y desempeña además el cargo de Vice-Rector de la Universidad de Buenos Aires. Ha escrito un estudio sobre «La Filosofía alemana en la Argentina» que ha sido traducido al alemán. Si bien de reducidas dimensiones es un trabajo llevado a cabo con originalidad y juicios propios y que contiene más de lo que el título indica porque anota muchos rasgos relativos a la cultura general y filosófica de la Argentina. La filosofía argentina se ha visto enaltecida en el presente siglo por la obra del eminente doctor Alejandro Korn, profesor de la Universidad de La Plata, cuyos libros ha

publicado este instituto en una edición magnífica. A la fecha se destaca por su brillante y variada labor filosófica el profesor doctor Francisco Romero. Es el alma y Director de la Biblioteca Filosófica que está dando a luz la Editorial Losada y que significa el más notable esfuerzo realizado hasta ahora en este orden de estudios en la América Latina. El profesor Romero es autor de fervorosos ensayos sobre Alejandro Korn, de una Filosofía de la Persona y de una Lógica escrita en colaboración con Eugenio Pucciarelli. Habría que nombrar además, en esta enumeración de valores de la filosofía suscita y además seguramente incompleta a Carlos Astrada autor de Idealismo fenomenológico y metafísica existencial, Alfredo Franceschi, autor de un Ensayo sobre la teoría del conocimiento, Angel Vassallo que acaba de dar a la publicidad Nuevos prolegómenos a la metafísica, a Luis Juan Guerrero.

No puedo dejar de recordar aquí la labor filosófica tan apreciable que está llevando a cabo el doctor Rieseri Frondisi en la Universidad de Tucumán.

También los estudios de sociología han alcanzado singular florecimiento en las Universidades argentinas que las coloca asimismo en este género de preocupaciones científicas entre las primeras del continente. Da testimonio de ello la reciente fundación del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires en cuya inauguración pronunció un conceptuoso discurso

su Director, profesor del ramo, y Presidente de la Academia Nacional Argentina de la Historia, el eminente historiador doctor Ricardo Levene. Comprueban además lo recién dicho los trabajos que efectúan en la Universidad de Córdoba los doctores Raúl Orgaz y Alfredo Poviña.

* * *

El doctor Alberini es asimismo Rector del Instituto Libre de Segunda Enseñanza que no obstante ser establecimiento particular, funciona bajo el patrocinio de la Universidad de Buenos Aires. De manera que ésta tiene, como si dijéramos bajo su dependencia, dos colegios secundarios. Los estudios en estos establecimientos duran seis años mientras que en los demás colegios nacionales duran sólo cinco. Los alumnos de ellos que han rendido satisfactoriamente las pruebas del último curso pueden ingresar a la Universidad sin ser sometidos a examen de admisión, requisito porque tienen que pasar los alumnos de los colegios corrientes. En un año más el Instituto entera medio siglo de existencia. Es un plantel de tipo aristocrático o, si se quiere, muy burgués, por la inevitable selección que efectúan los elevados derechos de matrícula que se pagan. Para los alumnos del primer año ascienden a cincuenta nacionales mensuales y para los del sexto a setenta y cinco. Los de los cursos intermedios abonan sumas que oscilan entre una y otra cifra.

Invitado por el doctor Alberini visité el Instituto

una mañana. Se halla situado en la calle de Libertad, no lejos de la Plaza Lavalle y del Teatro Colón. Ocupa un edificio de seis pisos y cuenta con excelentes instalaciones: buenas salas de clases, gabinetes de ciencias, gabinetes de dibujo, salón de actos, biblioteca. Pero adolece de los inconvenientes propios de un establecimiento instalado en un lugar céntrico de una gran ciudad: falta de espacios libres para las expansiones de la muchachada.

Por lo que me han dicho, los colegios secundarios argentinos sufren de la perturbadora influencia de la política en el nombramiento de sus profesores.

Terminada la visita el doctor Alberini me llevó a almorzar a La Cabaña. Es este un restaurante muy nombrado al cual deben concurrir en particular extranjeros atraídos por cierto exotismo y los aficionados a las comidas pantagruélicas. Por supuesto que propiamente no era este nuestro caso. No se dilata el restaurante en una gran sala de amplios ventanales. Ocupa una serie de piezas de regulares dimensiones con ligeras diferencias de nivel en el piso y pintadas o decoradas en tonos oscuros. Tiene algo del aire de un clásico establecimiento alemán, a darle cuyo carácter contribuyen los emblemas y trofeos de caza mayor y menor que lo adornan. Lo encontramos lleno de gente. Sirven unos platos que, si bien destinados a una sola persona parecen capaces de aplacar el hambre a familias enteras. Entre ellos llama la atención la parrillada que es por lo que se ve la especialidad de la casa. Se trae

a la mesa, para que en ningún momento pierda su calor, en una fuente o escudilla sobre un braserito y contiene jugoso y fragante cuanto de sabroso se puede sacar de la carne de los animales: trozos de lomo, de costillas, riñones, criadillas, lenguas, salchichas, morcillas.

—Este restaurante tiene todas las hechuras de ser más para gourmands que para filósofos, le dije en broma a Alberini.

—No crea, me contestó riéndose. Desde luego los filósofos deben sentirse bien donde les toque. Por otra parte, por lo que a mi respecta, ceno poco o nada, pero me gusta comer bien. En la Argentina llaman cena a nuestra comida y comida a nuestro almuerzo.

En efecto, haciendo honor a lo que acababa de decir, comía mi amigo con un sano apetito, sin dejar por esto de charlar. Es un charlador vivaz e interesante. Hablamos de filosofía y filósofos. Muy ilustrado y penetrado de la seriedad con que se deben abordar los estudios filosóficos y científicos, el doctor Alberini se muestra para apreciar a los hombres, descontentadizo, exigente y severo en sus juicios.

Después de almuerzo fuimos a dar un paseo en auto por el Parque de Palermo, tan lleno de hermosos monumentos, entre los que sobresale el obsequiado por la colonia española con ocasión del Centenario. Pasamos en seguida a la Avenida Costanera. El día era lluvioso. La bruma cerraba el horizonte. El río, de aguas agitadas y barrosas, color de té con leche, parecía más bien un mar enbravecido. Las olas espumantes saltaban

sobre los pretilos de la avenida. Anduvimos cuadras de cuadras. Nos acercamos al puerto, muy en decadencia con motivo de la guerra, decadencia que a la simple vista no se refleja en la ciudad. Esta se ve siempre próspera, activa y en febril movimiento. En el extremo de la costanera se alza un bello monumento en homenaje a la Madre Patria. Por delante de un bajo muro semicircular, rico de relieves, se presenta de pie, como figura central, la reina genial, Isabel la Católica. Figuras secundarias la acompañan a uno y otro lado y por delante, de hinojos ante ella, Cristóbal Colón, recibiendo sus concesiones. Es la fe de bautismo del mundo iberoamericano esculpida en piedra.

* * *

Muy conocido en los círculos intelectuales de Chile es el señor Antonio Aita, escritor, ensayista y crítico literario. Fué el entusiasta organizador de la Exposición del Libro Argentino que trajo el año próximo pasado a nuestro país y luego llevó a Lima. Dictó también entre nosotros interesantes conferencias. He ido a verlo en su despacho de la Comisión de Cooperación Intelectual, de que es tan diligente secretario. ¡Qué meritoria labor realiza aquí! Se encuentra a la fecha empeñado en dar a luz como obra de la Comisión de Cooperación, un volumen que se titulará *La América Latina y Europa* y para el cual ha pedido la colaboración de personalidades intelectuales americanas tales como Ricardo Rojas, de la Argentina, Car-

los Vaz Ferreira, del Uruguay, Antonio Caso, de Méjico, etc. En él se dilucidarán las relaciones de la civilización hispanoamericana al frente de la civilización europea. Por lo que he podido deducir de mi conversación con el doctor Aita en más de una página de ese libro se afirmará la llegada a la mayoría de la civilización latinoamericana. Sin desconocer las ventajas del intercambio con el Viejo Mundo, ni lo que le debemos ni tampoco que tengamos en este continente mucho que aprender todavía,—proceso de aprendizaje, por otra parte, que para nadie termina jamás,—la América Latina afirmará a través de sus voceros que le han crecido ya las alas para volar por sí misma en las esferas de la cultura.

* * *

Instalado en un edificio moderno muy adecuado se encuentra el Museo de Bellas Artes, en Palermo, en la Avenida Alvear. Al frente, al otro lado de la calzada, sobre una eminencia natural del terreno, se levanta el grandioso monumento al General Mitre. Sin poder compararse con los similares de las grandes capitales europeas ni con el Metropolitano de Nueva York, el Museo bonaerense es bastante rico en cuadros y esculturas argentinas y extranjeras.

* * *

Invitado por mi amigo el doctor Ricardo Levene he visitado el Cabildo de Buenos Aires y disfrutado de

sus sabias informaciones. Este edificio, el monumento más importante de la arquitectura colonial de Buenos Aires, ha sido restaurado recientemente por la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos, cuyo Presidente es el propio doctor Levene, que ha puesto al servicio de este designio toda su alma de patriota y de historiador. La inauguración tuvo lugar sólo en octubre de 1940. Se encuentra el edificio en uno de los extremos de la histórica y espaciosa Plaza de Mayo, de forma rectangular. Es en el extremo que podríamos llamar del sur, y al frente, por el otro lado, al término del eje más largo del rectángulo, se halla la Casa Rosada. Los ímpetus del progreso de la metrópoli le rebanaron tres arcos por el lado derecho para dar lugar a la Avenida de Mayo y otros tres al lado izquierdo a fin de abrir la Diagonal Julio A. Roca aun inconclusa; pero ha sido posible restaurar en lo esencial la casa de tradiciones insuperables. Ahí está entre los edificios modernos y altos que la flanquean, vertiendo la blancura de su fachada de dos pisos sobre la plaza gloriosa y con las líneas nobles y sencillas con que fuera construída a principios del siglo XVIII. Cinco arcos anuncian el portal del primer piso que corresponden a otras tantas ventanas del segundo. Al medio, por encima de todo, una torre de dos cuerpos que sustenta la misma campana que en horas supremas convocara a los patriotas a los sacrificios de la libertad. El conjunto parece resumir un pasado venerable que se volcara sobre la mundanería de

lo actual. Penetramos en el palacio y lo venerable y austero se acentúa. En el portal cuelgan del cielo los toscos faroles que en su tiempo con sus luces de velas, más que para alumbrar, servían de testimonio de su existencia. Contemplamos las ventanas de pesadas rejas que no fueron atravesadas por los suspiros de coloquios amorosos sino por el verbo apasionado de gobernantes y revolucionarios. Pisamos sobre ladrillos rojos y entre albas paredes enjalbegadas de cal. Nos encontramos en la Sala de los Virreyes guarnecida de retratos de estos personajes y guardadora del tesoro de objetos recordatorios de las invasiones inglesas de 1806 y 1807 y del estupendo triunfo obtenido por los criollos porteños sobre los invasores. Más allá la Sala Capitular, con estrado, mesa y dosel, y arriba del sillón presidencial el escudo original de Buenos Aires tal todo como se hallaba en 1810. En esta sala prestaron juramento el 25 de mayo los miembros del Primer Gobierno Nacional. Por último vimos la sala llamada de este Gobierno, del Primer Gobierno Patrio, en cuyo fondo se despliega un magnífico cuadro al óleo que ocupa casi toda la pared, obra de nuestro celebrado artista Fray Pedro Subercaseaux y que representa el Cabildo abierto del 22 de mayo, premonitorio del movimiento que floreció plenamente tres días después.

Me despedí del doctor Levene agradeciéndole esta saludable inmersión en las aguas de uno de los mejores capítulos de la historia americana.

* * *

El Museo Histórico Nacional, situado en la Plaza Lizama, aunque no ocupa una casa consagrada por el tiempo, es naturalmente más rico y más completo que el que acabamos de conocer. Me guiaron gentilmente en mi visita el Director doctor Alejo B. González Garza y el Subdirector doctor Mario Belgrano, dos cultísimas personalidades dedicadas con devoción vocacional a los estudios relativos a la historia de su país. Cuenta el Museo con unos pocos restos de la época de la conquista, pero organizadamente empieza en verdad con la de la colonia, sobre la cual tiene su Sala Colonial. Los demás principales departamentos los forman las Salas 25 de Mayo, de San Martín, de la Organización Nacional, de Rozas, de las Banderas. Debemos agregar todavía el dormitorio de San Martín. No hay para qué decir que la iconografía del libertador es riquísima; pero también lo es la del tirano Rozas. Se sabe que el color rojo era el emblemático de Rozas. En su sala se ven innumerables cintas y lazos encarnados que, sinceramente o por temor al amo, se llevaban en aquel tiempo con la feroz divisa de «Mueran los inmundos y salvajes unitarios». En la misma sala se halla una apreciable cantidad de retratos, estampas y recuerdos relativos al famoso caudillo Facundo Quiroga, que tan bien merecido se tiene el dictado de facineroso.

En este Museo hemos encontrado asimismo bellas

telas de Pedro Subercaseaux, como ser «El Abrazo de Maipú», el «Himno Nacional Argentino, ejecutado en el salón de doña Mariquita Sánchez de Thompson» y un retrato de Mariano Moreno.

* * *

Los Presidentes Mitre y Sarmiento han sido objeto de sendos museos particulares.

Al terminar en 1868 su período de Presidente de la República el General Mitre se hallaba tan pobre como cuando lo había comenzado. No tenía más riquezas que sus libros a que consagrara sus ahorros y su predilección. Carecía de una casa de su propiedad. Por suscripción popular se le obsequió la en que pasara a vivir y donde permaneció hasta su fallecimiento a edad proveya a fines del siglo. Es la que se halla ahora convertida en el museo del ilustre prócer. La casa situada en la calle de San Martín en pleno centro comercial, es una vieja mansión solariega de sencillo aspecto. Consta de un solo piso hacia la calle y de dos en el interior. Conforme a su disposición de casa colonial atravesando el pasadizo de la entrada se penetra al primer patio. Como era frecuente en casas santiaguinas de hace algunos decenios se halla protegido por un techo de vidrio. Las paredes están cubiertas de coronas y placas de metal, las más de ellas testimonio de homenajes rendidos en vida de Mitre. Hacia el fondo del patio, sobre un pequeño pedestal, como *genius loci*, una estatua en bronce de porte

natural de don Bartolomé, en traje civil, y con toda su prestancia de hombre bueno. Debe conservar la tranquila apostura con que se paseaba Mitre en Buenos Aires, como cualquier ciudadano, aun siendo Presidente, según en carta decía el mismo. Luego en el primer y segundo piso vienen las habitaciones tal cual quedaron al tiempo del deceso del grande hombre: salones, comedores, escritorios, biblioteca, sala de billar, etc. Nada ha cambiado en el dormitorio en que falleció. En su mesa de noche y en mesitas vecinas hay libros que seguramente hojeara en sus últimos días.

No cabe sino tributar férvida admiración a la grande y múltiple personalidad de Mitre. Sabido es que fuera eminente estadista, militar glorioso y uno de los primeros historiadores de América. Su *Historia de Belgrano* y su *Historia de San Martín* son obras fundamentales en la materia. Pero todo esto, con ser mucho, no agota las excelencias de su espíritu. Fué un hombre de letras en la más alta acepción del concepto. Su vasta ilustración le permitió traducir la *Divina Comedia* y las *Odas de Horacio* en versos castellanos. El amor a los libros constituyó una gran pasión de su vida. Buena copia de su correspondencia está formada por cartas cambiadas con escritores sobre asuntos literarios y corresponsales que le enviaban libros. Así se carteaba con sus grandes amigos de Chile: Barros Arana, Lastarria, Vicuña Mackenna, Ambrosio Montt y, en años posteriores, además Medina y Eduardo de la Barra. Durante la guerra del Para-

guay, siendo general en jefe de los ejércitos de las tres naciones aliadas, continuó, al frente del enemigo, manteniendo su correspondencia literaria y encargando y recibiendo libros. En algunas carpetas del Museo hay facturas de libros recibidos de Inglaterra en esos graves momentos. No es de extrañar, pues, que su biblioteca, uno de los mejores departamentos del Museo, sea riquísima. Consta de más de 40,000 volúmenes, en que predominan las obras de historia americana, muchas de autores chilenos, y de filología americana. Se asegura que su propietario no había dejado de leer ninguno. Mitre fué también un gran filólogo. Su estudio titulado «Catálogo razonado de las lenguas americanas» es, según los entendidos, un trabajo único en Sud-América e insuperado hasta la fecha.

Digamos todavía que su devoción a los estudios históricos y geográficos llevó al infatigable general a otras actividades afines. Formó una magífica colección de mapas, se dedicó a los estudios matemáticos y reunió un rico monetario. Los mapas, las monedas y medallas figuran entre las piezas más interesantes del Museo

¡Qué excepcional armonía de espíritu muestra Mitre, en que se combinan facultades ingénitas extraordinarias con el afán nunca fatigado de perfeccionarlas! ¡Qué ejemplo perenne! Pueda que con él vaya disminuyendo la fauna siempre numerosa de los políticos que sin discernimiento, abominan del intelectual y de los libros.

Nadie ignora que Sarmiento unió también a su condición de gran político las de eminente hombre de letras, y de formidable polemista. Su *Facundo* goza justamente de fama universal como una de las obras más originales y características de la literatura hispanoamericana. En su Museo se encuentra una vitrina dedicada exclusivamente a este libro, donde figuran las primeras ediciones, autógrafos y documentos relacionados con él. Sin ser militar de profesión, Sarmiento debió igualmente empuñar las armas y revestir la casaca guerrera en alguna ocasión. Se conserva en el Museo el uniforme que usara.

No ocupa el Museo una que fuera casa-habitación del prócer; pero se ha tratado de dar carácter íntimo a algunas de sus secciones aprovechando los muebles que le pertenecieron. En una vitrina se conserva una frazada o manta tejida especialmente para Sarmiento por su madre a la edad de 83 años y con la correspondiente dedicatoria bordada en la tela.

¡Cómo abundan los recuerdos de Chile! Hay retratos de don Manuel Montt, de Lastarria, de Vicuña Mackenna, de Guillermo Matta, y ejemplares de las numerosas publicaciones dadas a luz en Chile por la pluma ágil y ardorosa del valiente proscrito.

Y sin querer por nada sentar plaza de dómine, queda otro paradigma para los políticos adocenados.

* * *

Ha venido a vernos el doctor Antonio Sagarna e invitados por él y su señora hemos almorzado mi seño-

ra y yo en el Jockey Club. Estaban además el doctor Ricardo Levene y señora y algunos escritores, profesores y artistas.

Mi amistad con el doctor Sagarna data del tiempo en que él era Ministro de Instrucción Pública del Presidente Marcelo de Alvear allá por el año de 1925. Fué un largo Ministerio que ha dejado el claro recuerdo de una administración pura y de una dirección discreta y progresista de la educación nacional. Asimismo ha perdurado la impresión del atinado acierto con que procedió el doctor Sagarna en su intervención en la Universidad de Córdoba, con ocasión de las perturbaciones de 1923 ya mencionadas. Actualmente el doctor Sagarna ocupa un sillón de Ministro en la Corte Suprema.

El año primeramente indicado estábamos en Buenos Aires unos cuantos chilenos para asistir a congresos científicos o en cumplimiento de comisiones de estudio. El Ministro Sagarna nos hizo objeto de las más delicadas atenciones y hay que tener presente que no existía entre nosotros ningún anterior vínculo personal. En la actitud del doctor Sagarna había el movimiento de un hombre de Estado generoso, de alma abierta, la espontaneidad de un espíritu naturalmente afectivo que sabía verter sus sentimientos en un cauce americanista y de confraternidad chileno-argentina.

* * *

Me llevó en su auto de Buenos Aires a La Plata el doctor Juan B. Cassani, decano de la Facultad de

Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad platense, profesor de Legislación Escolar en ésta y director de escuelas normales de la República. Anduvimos poco menos de una hora por una buena carretera. A ambos lados terrenos planos bien explotados. Buen número de quintas donde se cultivan las flores que se van a vender a Buenos Aires. El doctor Cassani es de palabra inteligente y simpática. Me dijo que se hallaba empeñado en hacer estudios sobre personalidades significativas en la educación americana, entre ellas de don Valentín Letelier.

La Plata es una ciudad-jardín. Hermosos palacios se destacan aquí o allá; pero su fisonomía característica se la dan sus calles anchas orladas de árboles, no tan frondosos como los de Mendoza, sus plazas y sus parques. En medio de ella y distribuída en los alrededores nemorosos señorea la Universidad. Dado el ritmo de sus actividades, cuando la pátina del tiempo haya puesto sobre sus flamantes edificios su signo venerable tendrá la noble aureola de Oxford.

El Presidente o Rector de la Universidad, doctor Juan Carlos Rébora, profesor, jurisconsulto y publicista de nota, me recibió con amabilidad finísima. Almorcé con él y una decena de profesores más en el Jockey Club de la localidad. La charla fué muy animada y versó principalmente sobre organización y asuntos universitarios.

La Universidad lleva treinta y seis años de vida. ¡Qué años tan fructíferos! Se señala como su funda-

dor al ilustre doctor Joaquín V. González. El Presidente es elegido por la Asamblea General de Profesores y dura tres años en el cargo. Esta asamblea viene a ser semejante a los claustros plenos de las universidades chilenas. El Presidente, junto con los Directores de Institutos, los Decanos de las Facultades y un profesor elegido por cada cuerpo docente integran el Consejo Superior, al que corresponde la suprema dirección de la Casa de Estudios. La administración de las Facultades está en manos de los decanos y de los respectivos consejos académicos. Los decanos, vice-decanos y delegados al Consejo Superior son elegidos por una Asamblea formada por todos los profesores titulares, suplentes, adjuntos y extraordinarios de la respectiva Facultad y un número de representantes de los alumnos equivalente a la mitad del de profesores. Estos son designados por los centros estudiantiles correspondientes. Indica esta prerrogativa toda la intervención que corresponde a los alumnos en los cuerpos directivos de la Universidad.

Las Facultades son: de Ciencias Jurídicas y Sociales, de Humanidades y Ciencias de la Educación, de Ciencias Médicas, de Medicina Veterinaria, de Ciencias Físico-Matemáticas, de Química y Farmacia y Agronomía.

El presupuesto universitario asciende aproximadamente a cinco millones y medio de pesos nacionales argentinos, o sea, más o menos a cuarenta millones de nuestra moneda.

Tomando en cuenta el conjunto de los establecimientos anexos a la Universidad el número total de alumnos bordea los 10,000. Todos pagan derechos de matrícula y hay establecidas exenciones a favor de los que comprueben ser acreedores a tal franquicia. Al estudiante que no haya pagado en junio la primera cuota de sus derechos arancelarios se le cancela la matrícula. Los atrasados en el pago de las cuotas posteriores sufren un recargo de un diez por ciento. Pensé cuan conveniente fuera que nuestros muchachos supieran esto.

Como asimismo que para los efectos de la atención médica y de otros servicios semejantes existe una «Asociación de ayuda social para estudiantes universitarios» a cuyo fondo deben contribuir los alumnos con seis pesos anuales, o sea, con cuarenta y cinco pesos de nuestra moneda aproximadamente.

Después de almuerzo visitamos algunos departamentos de la institución. Posee Institutos perfectamente instalados de Física, Química, Ingeniería, Psicología Experimental, a cuyo Director, el ilustrado doctor Alfredo D. Calcagno conocía desde viajes anteriores. En el de Hidráulica estaban empeñados en hacer una especie de maquette del lecho del río Tuouyán, para llevar a cabo experimentos, previos a un anteproyecto, sobre una represa que el gobierno de Cuyo piensa ejecutar en él. Este trabajo ha sido encomendado por dicho gobierno y comprueba la confianza que inspiran los Institutos de la Universidad.

El Museo de Historia Natural de La Plata es uno de los mejores no solo de la América sino del mundo entero. Se ve que su Director el doctor Joaquín Frenquelli se consagra a él con devoción de sabio.

La Biblioteca Central es magnífica. Ocupa uno de los edificios de más reciente terminación de la Universidad y en todo sentido tiene poco o nada que envidiar a las mejores de las universidades norteamericanas. Hay salas especiales consagradas a honrar la memoria de los maestros inolvidables Joaquín V. González y Alejandro Korn. Contienen sus libros y muebles que fueron de su uso personal. Cuenta la Biblioteca con unos 150 mil volúmenes. Su director, director muy eficiente y entusiasta, es el conocido y bien reputado historiador, hombre de letras y profesor doctor Alberto Palcos.

Puede admirar la Escuela de Bellas Artes, instalada en una espaciosa ala del edificio de la Biblioteca. Por las numerosas y bien escogidas reproducciones que adornan las salas se siente el visitante en medio de un ambiente de belleza. Los alumnos trabajan sirviéndose de modelos del natural, entre los cuales, por lo que se veía, había habido mujeres desnudas. Detalle que da la nota de hasta qué punto libre de prejuicios se estima el arte en esta universidad. Algunos trabajos de dibujo y pintura de los estudiantes me parecieron de real mérito. Cuadros al óleo debidos al pincel del Director señor Ernesto Riccio pueden señalarse como obras de un verdadero artista.

Andando por las propiedades universitarias divisamos los campos de juegos y deportes en que una muchachada sana, bajo un sol de luz espléndida y tibio de calor, se dedicaba en esos momentos a los ejercicios corporales.

La Universidad posee todavía, entre otras cosas, un Observatorio Astronómico, un Colegio Nacional de Segunda Enseñanza, un Colegio Secundario para niñas, una Escuela Práctica de Agricultura y Ganadería, una Escuela para Visitadoras de Higiene Social.

La labor que lleva a cabo la Universidad en materia de publicaciones es enorme y se realiza dentro de la más atinada orientación. Casi cada facultad da a luz periódicamente su revista o anales. Nos ha sido dado apreciar particularmente la espléndida revista «Humanidades». En magníficas ediciones se han venido publicando las obras completas de Alejandro Korn y Joaquín V. González. Recientemente, ha salido a la publicidad una nueva edición del «Dogma Socialista» de Esteban Echeverría.

La Universidad cumple bien con su lema de Pro Scientia et Patria. Por el cultivo de las ciencias su labor reviste caracteres ecuménicos. La presencia de la patria en su alma marca rumbo al servicio de los intereses nacionales.

Como las demás universidades argentinas, la de La Plata se desenvuelve en una espiral de actividades armoniosas. Con los cursos de agricultura, materias técnicas e industriales, que no descuida, vuelca su aten-

ción sobre las fuerzas nutricias de la tierra. Luego, después de preocuparse en forma eficiente de la preparación para las carreras liberales, asciende a las especulaciones desinteresadas, ofrece a los estudiosos los grados del doctorado, y concluye por officiar en los altares cumbres de la filosofía, las letras y las bellas artes.

¿Pueden significar mis palabras que nada quedaría por hacer en las universidades argentinas? ¡Qué ceguera interpretarlas de esta suerte! Cada día trae nuevas urgencias. Los vigías y pilotos universitarios viven con la vista y la voluntad en tensión escrutando los problemas e incitaciones del presente para ir arrojando soluciones y creaciones en la busca siempre ilusionada de algo mejor.

* * *

1.º de Mayo en Buenos Aires. Celebración del Día del Trabajo, celebración que consiste en la suspensión de toda actividad. El comercio cerrado; no circulan ni tranvías ni ómnibus ni carruajes colectivos. Destacados aquí y allá policías de a pie y de a caballo. Buenos Aires, bajo un sol magnífico, con poca gente en las calles, parece una ciudad abandonada y en fin de cuaresma. El orden no puede ser más perfecto.

Pero después de mediodía empiezan a resonar los altoparlantes colocados en la diagonal Roque Sáenz Peña y calles y avenidas vecinas. Pasadas las tres una

multitud tranquila va llenando la diagonal. En ésta, esquina de Bartolomé Mitre, iba tener lugar a la caída de la tarde la asamblea a que había convocado el partido socialista, acto ritual indispensable de propaganda e interpretativo de la significación del Día. Los altoparlantes lanzan a intervalos su mensaje: «Viva el 1.º de Mayo, gritan, viva el partido socialista; viva la semana de cuarenta horas; viva la democracia, abajo los gobiernos totalitarios; mueran los tiranos». A estas palabras siguen los acordes de la Marsellesa y de otros himnos marciales. La muchedumbre, no muy densa, lo escucha todo en silencio. Son fieles que han acudido a una función de su religión a reconfortar sus esperanzas. Con ligeros cambios vuelven y vuelven a llenar el espacio las voces de los altoparlantes: «Viva el 1.º de Mayo, viva el partido socialista, vivan las reivindicaciones sociales, viva el triunfo de la justicia, vivan nuestros hermanos los trabajadores del interior».

Esta simple cantilena se repite hasta la noche.

En cada intervalo los acordes de la Marsellesa tornan a hacer vibrar el ambiente de la tarde gris. Al oírlos, el espíritu, conmovido por las melodías del canto romántico de la libertad, se siente ensombrecido ante la tragedia de los tiempos que vivimos y pensamos en la desolación de la pobre Francia. ¿Qué sois ahora las que fuisteis notas gloriosas de una democracia triunfante? ¿Tal vez solo acompañamiento en sordina a los lamentos de una nación desgarrada? Ah! no; hay ahí un resorte aplastado, mas no roto. Las creaciones del

espíritu, cuando encarnan un valor humano, son inmortales. Así lo serán las concepciones de los derechos del hombre con que la Francia se ha alumbrado a sí misma y ha iluminado al mundo. En la Marsellesa vibra el alma de estas concepciones hecha voces para llegar al corazón de la muchedumbre y llamarlas al eterno combate.

* * *

La Biblioteca Nacional ocupa un edificio algo vetusto de la calle de Méjico; pero es bastante rica y bien organizada. Consta de más de 450,000 volúmenes y su colección de revistas es completísima. Las recibe sobre todo orden de estudios y de las principales partes del mundo. Los últimos números, —disposición muy bien concebida, — se exhiben en un departamento dedicado exclusivamente a ellas en estantes no muy altos y con anaqueles inclinados de manera que se hace cómoda y fácil la consulta.

El Director es el conocido novelista señor Martínez Zubiría que firma con el seudónimo de Hugo Wast.

* * *

El señor Pedro Antonio Moreno es un escritor que se ha consagrado con ardor de iluminado a una noble idea: la unión de Argentina y Chile. En años recientes lo conocí en Santiago y efectuaba en nuestra capital su propaganda por medio de un pequeño periódico que él mismo editaba. Acaba de publicar ahora un li-

bro titulado «Argentina-Chile las provincias unidas de Sudamérica», que ha tenido la gentileza de traerme personalmente.

Excepcional el libro y qué interesante se ve a través de él la personalidad de su autor. Su estilo, aunque a veces poco ceñido, es por lo general claro, directo, y no exento de vibraciones cálidas y apasionadas. Apasionadas por el calor con que se apodera del asunto, no porque pierda su serenidad de criterio.

No se puede dudar de la pureza de propósitos que anima al señor Moreno. Al luchar por la Confederación de las Provincias de Sudamérica, dice, nos guía sólo el propósito de buscar la defensa de la digna vida actual y del porvenir de nuestros pueblos. Por ello convenceremos de la sinceridad de nuestras aspiraciones a toda conciencia ilustrada y sin prejuicios. Afirmamos que jamás intentaremos atentar contra ningún derecho respetable, y estamos convencidos que con nuestra acción nunca disminuirémos el bienestar, la felicidad, la riqueza ni las ganancias de nadie» (pág. 67).

La médula del alma del señor Moreno está formada por un espiritualismo que raya en lo místico. Tal vez ahí se encuentra el secreto de la fuerza que lo anima. «Recordemos, expresa, que todo lo puede el pensamiento del hombre inspirado por Dios» (pág. 53). «Sólo la providencia podrá salvarnos de estos huracanes que nos marean, nos desorientan y nos arrasan.

Yo hablo por mis propias convicciones, respetando fraternalmente a los que de diversos modos invocan las fuerzas morales que invisible pero permanentemente resguardan las vidas de las sociedades humanas. La providencia que tantas veces nos ha salvado de cataclismos inmensos, que nos salve ahora por una parte de 'la miseria, que amenaza debilitar y enfermar a nuestra raza, y por la otra parte que nos salve de la tiranía del vientre sobre el corazón y el cerebro: de la riqueza sin ideal, enfermedad mucho más debilitante y grave que la pobreza misma, que tantas veces es robustecida por la austeridad y el espiritualismo» (pág. 67).

Enraizado en su fondo espiritual, como rama florecida en robusto tronco, se halla el amor a la tradición que sustenta nuestro autor. De naturaleza necesariamente histórica, la tradición es siempre para el señor Moreno algo que tiene sobre todo un sentido ideal. «La tradición, dice, es espíritu puro, es un pensamiento fundamental y trascendente que se cierne por encima de toda la sociedad a la cual dirige» . . . «Las tradiciones son conceptos perfectos y durables que deben ser revestidos con renovadas formas materiales» (pág. 84). «Cada nación, así como tiene su territorio que es su cuerpo, tiene su tradición que es su alma» (pág. 79). Contra lo que pudiera creerse por simple inferencia, su concepto espiritualista de la tradición hace que el señor Moreno, junto con abominar de los demagogos, abomine también de los plutócratas y de los bur-

gueses. En la página 83 se lee: «El burgués es el tipo que busca su armonía y felicidad corporal sin hacer mal ni bien al prójimo, es decir, aislándose en su egoísmo: actitud materialista contraria al destino heroico del hombre sobre la tierra, y que por lo tanto significa un peligro para el engrandecimiento patrio. Las sociedades burguesas van derecho a la esclavitud tarde o temprano». Y en la página 65: «Hay una tendencia de mercaderes que quisiera organizarnos puramente como expresión económica. Según esta tendencia, si nos dejáramos guiar por ella, remediáramos nuestras necesidades materiales; pero adquiriríamos pronto la fisonomía de un rebaño algo gordo, conducido por amos cargados de oro».

Las tradiciones de Chile y Argentina constituyen una serie de eslabones de su unión. Entre esas voces de un pasado orientador pocas más preciosas que las llamadas por Moreno el Testamento de los Próceres, o sea, las doctrinas unificadoras de Mitre, Sarmiento, Rawson, Bernardo de Irigoyen, Vicente Fidel López, en la Argentina, Eyzaguirre, Vicuña Mackenna, Lantarría, Balmaceda, Bulnes, en Chile.

Nuestro autor muestra a la vez un sólido criterio para abordar los problemas sociales. «Las incitaciones a conquistas sociales irrealizables, dice, hacen malgastar el tiempo a las inteligencias y las envician presentándoles esperanzas insensatas, cuyos desvanecimientos suelen causar graves retardos en los procesos científicos de evolución ascendente. Sería una tarea estéril y pernicioso».

ciosa la nuestra, si no nos afianzáramos en verdades firmísimas y eminentes, que nadie discute, y si desde estas verdades no pasáramos por puentes de férrea lógica a sus consecuencias obligadas». (Pág. 65).

Después de haber hecho comparecer a la historia a declarar en favor de su doblemente patriótica tesis, Moreno acude al arsenal de las razones económicas fundadas en la geografía e intereses comerciales de ambos países. Argentina y Chile están unidos en una línea de límite de unos 3,000 kilómetros de norte a sur. Forman dos secciones de un mismo cuerpo, separadas por el espinazo común de la cordillera. Las zonas de Chile y las regiones cordilleranas argentinas de las correspondientes latitudes se completan por las diferencias de sus productos. Así ocurrió mientras no se puso término al libre intercambio a través de los Andes. Las provincias limítrofes vivían en la mayor prosperidad. Las trabas puestas al comercio por intereses egoístas y una política pequeña ha causado males incalculables a uno y otro país. Fuerzas indefinibles impiden que se construyan los ferrocarriles trasandinos más necesarios y fáciles o que se concluyan los que funcionan a medias, como el de Uspallata, por ejemplo. La decadencia es notoria en muchas poblaciones de Chile y en las provincias argentinas del norte, a las que se ha privado de las corrientes vitales de un comercio intenso. Ambos pueblos sufren por este motivo hasta la escasez de alimentación y se hallan desnutridos. Esta política ciega y estrecha está tra-

yendo la degeneración de la raza. «Hace dos años, los senadores Palacios y Villafañe visitaron La Rioja y al entrar en horas de clases a una escuela del gobierno encontraron a los maestros solos. Como les preguntaran por los alumnos fueron informados que éstos habían salido a pedir limosna para comer, y que éste proceder era diario... La nación más rica del hemisferio sur, la que deslumbra al viajero que franquea las puertas del Plata, cuando le muestra la nueva Babilonia, imponente en su lujo, admirable en su agilidad, salud y robustez, también guarda en su seno la miseria que sonroja, la injusticia que avergüenza». (Pág. 25-35).

Los males apuntados los ha hecho más hondos y dolorosos la crisis derivada del estado de guerra en que se encuentra el mundo.

El remedio para ellos se hallaría en volver a la cordillera libre, que permita la acción complementaria y recíproca de una vertiente sobre otra.

Pero Moreno no se contenta con esto. Propugna la unión completa de Chile y Argentina. «Aun cuando la Unión Americana pudiera postergarse años, dice, la unión de Argentina con Chile habría la obligación de realizarla hoy mismo». (Pág. 43). En lugar de vivir separadamente como dos estados relativamente pequeños, Chile y Argentina deben unirse en una «confederación sagrada», para formar una sola gran nación de más de veinte millones de habitantes, una nación de primera categoría universal».

No entra nuestro autor en detalle sobre la manera de llegar a este desiderátum. Hace falta, porque la visión del camino a recorrer no carece de importancia. Pero cualesquiera que sean los reparos y objeciones que puedan formularsele — y no creemos que sean muchos—tenemos la impresión de que el señor Moreno ha escrito el mejor alegato que haya aparecido hasta ahora sobre la unión de Chile y Argentina, alegato en que, si bien no prescinde de los razonamientos y argumentos del hombre de estudio, predomina el tono cálido del apóstol, con un acento de sinceridad y desinterés que no cabe desconocer. Por todo ello le debemos nuestra admiración y nuestra gratitud.

* * *

Ha venido a saludarme en nombre de «La Nación» uno de sus redactores, el señor Leonidas de Vedia. Por supuesto que se trataba de una entrevista. Le expresé mis sinceros agradecimientos por el honor que el importante diario me dispensaba y, tomando café, charlamos cordialmente. Le dije en síntesis muchas de las cosas que quedan apuntadas en estas notas. Pero al hablar de valores argentinos le agregué dos nombres, para mí de la más alta estima: Ricardo Rojas el ilustre poeta, dramaturgo y hombre de letras, y Enrique Mouchet, psicólogo y médico psiquiatra eminente, ambos además directores de Institutos de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, el primero del de Literatura Argentina, y el segundo del

de Psicología Experimental, con lo que a los dos se aplica perfectamente aquella sentencia inglesa de *The right man in the right place*.

Nos extendimos en consideraciones sobre nuestra América y la guerra. Estas consideraciones, en parte publicadas ya, en parte ampliadas ahora, vienen a quedar como sigue:

No obstante nuestras tribulaciones, dolores y que-
rellas gozamos en América de un relativo bienestar, de
un bienestar que debe ser cosa de ensueño en otras
partes del mundo. Su confrontación con el estado de
guerra nos acongoja el alma. A pesar de nuestras in-
satisfacciones, admirables son los progresos que nos es
dado reconocer en la Argentina, en Chile y en casi
todos los países de la América Hispana. Cuánta ciu-
dad bella y populosa; cuántas instituciones de cultura
y de bienestar colectivo; cuánta creación esperanzada
en los campos de la ciencia, de las letras, del arte,
de la educación y de la industria. Pese a los errores,
engaños y falacias de una democracia imperfecta, a los
ignorantes, viciosos y tarados que son grilletes de la
sociedad, a las masas de indios que viven casi al mar-
gen de la civilización, al clamor de gentes explotadas
o que carecen de un *mínimum* de recursos para man-
tenerse bien, en una palabra, a justas reivindicacio-
nes sociales, que aun subsisten, vivimos en régimen
tolerable de libertad y de respeto al derecho. Los his-
panoamericanos, conscientes de estos bienes, tememos
perderlos, sentimos el llamado de un porvenir supe-

rior y nos duele que pudiéramos ser interrumpidos en nuestra ascensión hacia él; queremos continuar en nuestras labores de paz y no deseamos la guerra.

Con mucha cordura no se habla, pues, sino de neutralidad en estos países. Pero ¡ay! las naciones latinoamericanas, aun las más poderosas, son débiles comparadas con los grandes imperios de la tierra. En el siglo pasado y a principios de este siglo los estados pequeños vivían amparados por el derecho internacional. Tenemos muchos ejemplos de que ese derecho ha sido atropellado en nuestros días. Los pueblos que hoy se sienten deshechos en medio de las ruinas de Varsovia, de Rotterdam y de Belgrado tampoco querían la guerra. Las naciones pequeñas sólo están seguras mientras no caen en el radio de intereses de los poderosos. La guerra se va extendiendo cada día a nuevas zonas del mundo y la violencia lleva sus estragos por doquiera. ¿Qué harán nuestros países el día en que estalle abiertamente el conflicto entre los Estados Unidos y Alemania y, como la más probable secuela, entre los Estados Unidos y el Japón? En la pasada guerra mundial la Argentina y Chile pudieron mantener gallardamente su neutralidad. ¿Podrían hacerlo ahora? Mi sentir desde luego es que sería de desear que lo pudieran. Pero acabamos de ver cómo han cambiado las circunstancias mundiales hasta hacer imposible el mantenimiento de cualquiera neutralidad que no esté amparada por una situación geográfica favorable o por una fuerza suficiente a imponer respeto. La neutrali-

dad de los países hispanoamericanos tiene que llevar en todo caso explícita o implícita la afirmación de la Doctrina de Monroe. Este postulado es una misma cosa con una neutralidad respetada. Mas surge una interrogación, nuevo aspecto de la recién formulada. ¿Tendrá cada una de estas naciones fuerza suficiente para hacer respetar por sí sola en su territorio los principios del monroísmo? Como en la pregunta anterior contesto también que sería de desear que lo pudieran; pero nadie ignora que aisladamente, contra las fuerzas abrumadoras de un imperio totalitario, no lo podrían. De aquí, fuera de las razones culturales y comerciales que lo aconsejan, el imperativo de la unión de nuestras repúblicas. Pero hay que superar el estado de mera confraternidad espiritual en que hemos vivido y llegar a la organización y coordinación de esfuerzos que se traduzcan en eficiente poderío militar y político. ¿Podremos realizar con la urgencia de meses, de semanas que los tiempos reclaman, el sueño de Bolívar de la Confederación del Nuevo Mundo Ibérico? Ni que pensarlo, aunque sea doloroso reconocerlo. Si bien la aspiración subsiste inextinguible, no hemos dado mayor cuerpo al ideal en más de un siglo. En la empresa titánica es menester contar, pues, con la cooperación serena de la Gran República del Norte, que, practicando lealmente con la América Latina la política de buen vecino, ha sabido respetar nuestra autonomía.

* * *

Frecuentemente—y a quien no—me oprimen el alma los horrores de esta guerra. ¿Cómo no sentir, mirando la trágica tormenta que sacude al mundo, desconsuelo ante el destino del hombre, la inseguridad de las cosas, la fragilidad e inanidad del progreso? Pero, después de todo, qué otra cosa mejor podemos hacer que trabajar como si cuanto nos rodea, precario como es, y nuestras obras, percederas como son, hubieran de durar para siempre? Nuestra condición de seres espirituales ofrece la posibilidad de dar un sentido a la vida humana que excluye el abatimiento. No busquemos una meta definitiva en una existencia futura. Los que creen en ella llegan, sin embargo, a una de las culminaciones de que vamos a hablar; pero son tantos los que dudan. El progreso indefinido es, por otra parte, una letra girada sobre un porvenir incierto.

Quizás lo que con más seguridad es propio de nuestro espíritu, aparte de toda idea de progreso y perfección definitiva, es ir alcanzando culminaciones, ir expresándose en realizaciones de la mayor intensidad. Me imagino esto como un asomarse a cumbres en que el espíritu llega por momentos a ser todo lo que puede ser. Encuentro tales momentos de plenitud en el estado de amor, en el alma mística que siente a Dios, en la concepción de ideas nuevas, punto de arranque de elaboraciones científicas, literarias y artísticas, y en el valor, en la entereza de ánimo para afrontar sin doblegarse

toda clase de adversidades, ya provengan de las cosas o de los hombres. Qué suprema dignidad logra el hombre en el valor. Tener valor es hacer de sí mismo un universo completo. El espíritu que alcanza esas realizaciones intensas, esas culminaciones se basta a sí propio. No necesitan ellas de resonancias sociales, espectaculares, teatrales o históricas para valer. Valen por sí solas haciendo el don de su plenitud divina a las almas en que han florecido.

* * *

Me asalta el temor de que la anterior profesión de fe pudiera ser considerada demasiado individualista. Lo es en todo caso en un sentido espiritual por entero, que no excluye ninguno de los dones que el alma de rico contenido, mejor que otra, puede hacer a los demás. Forma en cambio un bastión seguro, insuperable, para guardar fuerzas del espíritu, cosa muy útil en tiempos difíciles. Sabemos además que en los días de nuestra América la luz tiene resplandores de alboradas, lo que encamina a la extraversión generosa.

De regreso

Numerosos amigos argentinos y chilenos fueron a despedirnos a la Estación del Retiro. Colmaron a mi señora de flores y bombones. Con pena nos despedimos de amigos tan excelentes y de Buenos Aires.

Tiempo magnífico. Otra vez la pampa inmensa. De distancia en distancia avestruces en grupos con sus cuerpos globales como sopladores, cuyos mangos serían las largas piernas. Las ruedas aspadadas de los molinos de viento nos saludaban al pasar.

Salimos de Mendoza, rumbo a la cordillera, a las ocho de la mañana, con bello tiempo, y llegamos a Uspallata a las diez y media. Después de Uspallata empezó a nevar. Plumitas leves caían sobre el parabrisa del auto. En Punta de Vacas la hondonada y los empinados cerros circundantes estaban totalmente cubiertos. Blancura, blancura de cristal en polvo por todos lados, y frío. Arriba un cielo algodónado y el conjunto como una doble concha gigantesca que nos encerraba entre sus valvas de un solo color, fofamente acolchadas, si bien gélidas, para un silencio sepulcral.

El tren de Chile, que debía volver con nosotros y hacernos pasar los montes, no había llegado. Debíamos esperar. Lo mejor era hacerlo en los autos. De salir fuera de ellos tendríamos que andar enterrados en la nieve, porque Punta de Vacas no ofrece ningún reparo a los pasajeros donde puedan guarecerse. No hay una mala sala de espera ni un galpón con galerías de vidrio. No hablemos de chimeneas, ni estufas, ni del modesto fuego de un brasero, que estos adelantos de la civilización no han llegado a esas alturas todavía. No hay un restaurante. Bajo el rótulo de buffet se encuentra instalada en tres cuartuchos estrechos y miserables una cocinería sucia e indecente.

Y es menester considerar que Punta de Vacas no es únicamente una posada para arrieros y gañanes, como pudiera hacerlo creer el llamado buffet que acabamos de mencionar, ni tampoco un simple lugar de tránsito para otra clase de gente. Dos o tres veces a la semana centenares de pasajeros de ambos países limítrofes o del resto de la América y de Europa pasan por ahí y deben esperar los trenes que les corresponde tomar durante dos, tres o cuatro horas.

El tiempo pasaba y nadie sabía nada de cuál iría a ser nuestra suerte. Unos decían una cosa, otros otra. No se notaba la acción de un jefe responsable. La desolación del ambiente parecía penetrarlo todo. No había dónde satisfacer la más elemental necesidad. Hay ciertas sencillas diligencias que las señoras deben practicar a puertas cerradas y sentadas. Así ocurre a lo menos en todo lugar civilizado; pero eso no era posible en este sitio de nuestro camino internacional. Las señoras aguantaron cuanto pudieron; mas la resistencia del cuerpo tiene su límite. No pudiendo prolongarla tuvieron que ir a aliviarse al aire libre, sobre la nieve, y de pie.

Y pensar que este estado de incalificable desamparo dura desde hace más de cinco años, desde la interrupción del trasandino.

Al caer la tarde se empezó a decir que nos iban a trasladar a Puente del Inca, la estación inmediata, en un tren de carga, al cual se agregarían dos coches de primera que había ahí; que los hombres iríamos en los

carros de rejas destinados a los animales, o en un furgón del equipaje, porque los coches de primera habrían sido totalmente ocupados por las mujeres. Pero todas no eran más que voces que se pasaban. No se oyó jamás la palabra de un jefe ni un aviso autorizado.

Había dejado de nevar. La nieve que cayera se fué convirtiendo en lodo y sobre él teníamos que andar de un punto para otro, con nuestras maletas, en busca de noticias acerca de lo que había que hacer. Estábamos transidos de frío.

Al fin partimos. En ascensión penosa y lenta, jadeante la máquina del tren, llegamos a Puente del Inca. Panorama de imponente y tétrica belleza. Viento huracanado. Por doquiera manto de nieve como glacial invitación al reposo eterno. La ventisca y la nieve, expresión absoluta de las fuerzas ciegas de la naturaleza, dominando cual soberanos implacables, indiferentes a toda inquietud humana.

Habrás leído, lector, descripciones de trenes del tiempo de la revolución rusa, de la guerra civil española, de los países trabados en la guerra europea, de trenes de prisioneros y fugitivos, de atrasos por horas de horas, de escenas de hambre y de sed, del cuadro de gente fatigada hasta el desmayo. Y como lector concienzudo y atento habrás creído captar esa trágica realidad. Pero si no la has vivido no sabes lo que es eso. Podrás formarte una idea de ello andando en este ferrocarril trasandino, que te ofrecerá el espectáculo sin necesidad de que los países que une sufran las ca-

lamidades de la guerra, de la revolución, y ni siquiera de un terremoto reciente.

Los coches que se juntaron al tren que nos tomó en Puente del Inca, y que en conjunto no pasaban de tres, venían atestados. Todos los asientos ocupados, principalmente por señoras y niños. Algunos pocos hombres lograron también instalarse en ellos. Un joven se tendió temprano en el enrejado para las maletas y ahí pasó la noche poco menos que en una parrilla. Los pasillos llenos de maletas y de pasajeros de pie. De manera que pasar de un lado a otro era empresa titánica y molesta: molesta para el que la emprendía y molesta para los que la soportaban. Las puertas apenas se podían abrir, porque la gente apiñada lo impedía sin quererlo. Cuando se abrían entraba antes que nada la ventisca con una descarga de pequeñas partículas de nieve. En los coches no había ni agua. Como no se abrían las ventanillas por temor al frío se respiraba una atmósfera pesada.

El tren cubría con pesadumbre algunos kilómetros y luego se detenía y volvía atrás para tomar aliento y volver a emprender la marcha. Estas enervantes y cansadas tentativas de Sísifo andino se repitieron de doce a quince veces en el viaje nocturno hasta llegar a la estación de Portillo, ya del lado chileno.

El tren que nos tomó en Puente del Inca, traía coche comedor. Algo sirvió éste, pero con suma dificultad. Ir a buscar siquiera una botella de agua mineral para saciar la sed era tarea sobrehumana.

Habíamos salido de Punta de Vacas cerca de las dieciocho horas. Con la lentitud de la marcha y las vueltas atrás iban pasando las horas de la noche. Nadie pensaba que se nos pudiera ofrecer coches con camas, pero siquiera con asientos para todos. No había quien no estuviera fatigado. Quejidos se oían de todas partes. Se veía que los ancianos, que no eran pocos, apenas soportaban la situación. Los niños lloraban. Hubo desvanecimientos y desmayos y fué menester aplicar varias veces adrenalina, que por suerte algunos pasajeros traían. En una de esas ocasiones un policía argentino, que algo habría oído afuera, logró penetrar al coche en que íbamos y preguntó: —¿Quién se ha descompuesto aquí? —Valiente pregunta, se le gritó del otro extremo. Habría que preguntar quién no se ha descompuesto. Prefirió retirarse y lo hizo medio corrido.

Sea por no haber almorzado, por la agitación y el frío en Punta de Vacas, por la altura, por lo viciado del aire, o por todo junto, yo mismo sufrí un accidente a poco de nuestra partida. Lo refiero sólo por la interesante experiencia que resultó para mí y puede significar para los que tengan miedo, —y deben ser legión —al trance de la muerte. Empecé a sentir malestar en el estómago, desvanecimiento en la cabeza, falta de control e imposibilidad absoluta de sobreponerme ejercitando mi voluntad; le pedí a mi señora una maleta en que ella descansaba para sentarme, y antes de hacerlo me desplomé sin sentido. Supe después del aspecto cadavérico que había tomado, de la consterna-

ción que se produjo a mi alrededor y de la desesperación de mi señora que supo, sin embargo, dominar sus nervios para atender a lo que las circunstancias reclamaban. Me aplicaron adrenalina y fui volviendo en mí. Algunas señoras que estaban cerca se portaron muy atentas y me cedieron un asiento, que aproveché por un par de horas, mientras me recobraba. Logré pasar al coche comedor, me serví un poco de lo más sano que se conseguía y me sentí perfectamente.

—¿Y usted no temió morir?—me preguntó una señora un poco más tarde.

—Francamente no, señora, le respondí. Pensé que iba a perder el conocimiento y nada más. Pero bien pudiera lo ocurrido llegar a la pérdida de la vida sin que yo me diera mayormente cuenta. Mi paso de la conciencia a la inconciencia, del ser al no ser, fué completo. Por otra parte le diré, sin jactancia ni alarde de ninguna especie, que no los considero de buen gusto, que, estimando mucho la vida, a la muerte no le he temido nunca. No sé por qué. Estimo la vida como una suprema maravilla. Maravilla y misterio que no han descifrado ni la ciencia ni la filosofía y que no ha agotado, y probablemente jamás agotará la poesía. Es maravilloso el hecho de que vivamos. ¿Por qué vivimos? ¿Tal vez para que el ser, gigante y nostálgico en su soledad, mudo y ciego antes del advenimiento de la vida, se contemple a sí mismo y se exprese por medio de nosotros y demás seres vivientes? Así suelo pensar que con más razón deberíamos preguntarnos por

qué vivimos y no por qué morimos. La muerte no es la destrucción de la vida sino un límite momentáneo de ella, lo que es muy distinto. La vida y la muerte se completan en un solo proceso. El que con estas reflexiones se cura del temor a la muerte y logra formar en su espíritu una concepción sintética de la vida y la muerte llega a saborear momentos con atisbos y valor de eternidad. Ahora tendré motivos para no temer a la Parca, menos aun después de la experiencia que acabo de hacer, en que he comprobado lo sencillo que es pasar del ser al no ser y como esto sucede sin las angustias y tormentos que se suponen de ordinario, sino al revés, que es un extinguirse a la manera de esas luces del cine que se van apagando suavemente. No digo que siempre ocurra así, pero me imagino que las angustias y dolores son más para los espectadores del trance de la muerte que para quien se halla en él.

La señora me escuchaba sorprendida, pero seguramente no convencida.

La gente que podía se quedaba dormida pesadamente o cerraba los ojos para engañar al sueño. Personas sentadas en los pasillos tenían en los brazos niños dormidos.

En un momento no pude dejar de moverme del lugar en que me encontraba y como me demorara en volver, hallé obstruido el paso por personas dormidas, entre ellas una hermosa joven.

—No se puede pasar sin despertar a esta niña, me dijo un señor.

—Vamos a pasar sin despertarla, le contesté. Y salté por encima de ella pisando en los respaldos de las banquetas.

Para mí transcurrió la noche de pie, salvo el par de horas ya mencionadas en que damas amables me cedieron un asiento y otros momentos en que un buen amigo me facilitara una maleta para sentarme. Las mías iban en el furgón del equipaje.

Mi señora tampoco logró asiento. A ratos descansaba en el borde de una banqueta ya ocupada por las dos personas que cabían en ella; a ratos se sentaba en mis rodillas mientras yo descansaba en la maleta, y por fin, otras veces era ella la que descansaba en la maleta y yo me sentaba en sus faldas.

La noche hay que contarla desde las dieciocho, hora en que partimos de Punta de Vacas, hasta las siete y media de la mañana siguiente, hora de nuestra llegada a Los Andes. Mañana de principios de mayo, clara, fresca, auroral, que barrió las penosas impresiones de la noche al seno opaco de lo ya vivido.